

al que abrí de par en par
las puertas del corazón.

Córdoba 1.º de mayo de 1835.

L. M. RAMIREZ Y DE LAS CASAS-DEZA.

ARCA DE SAN ISIDRO LABRADOR.

El trascurso de siete siglos, las vicisitudes políticas y los ataques dirigidos á las creencias por escritos perniciosos, circulados con profusión, ya pública, ya clandestinamente, no han podido amenguar el afecto con que mira á su esclarecido patron la noble y leal villa de Madrid. Patria de reyes, de prelados, de sábios y de guerreros, considera sin embargo como su mas honorífico blason la cuna del humilde jornalero, que habiendo ejercido las virtudes en grado heróico, llegó á eclipsar con el brillo de su aureola el esplendor de la púrpura, el prestigio de la ciencia y la gloria que dan laureles inmarcesibles.

Corresponde al justo aprecio que hace Madrid de tan esclarecido hijo la veneracion tributada á los sitios que frecuentó. La cuadra en que guardaba su ganado, la estancia en que ocurrió su dichosa muerte, convertidas ambas en capillas, y la primitiva sepultura, en que fué colocado su bendito cuerpo, son visitadas todos los años con devocion sincera por infinitas personas el dia 13 de mayo.

Los escritores que de esté siervo de Dios han hablado, forman un catálogo estenso, y acreditan de consuno la singular predileccion de que ha sido objeto nuestro sencillo labrador, desde que pasó á recibir en la mansion de los justos el premio de su ardiente caridad, hasta nuestros dias.

En las calamidades públicas los reyes y los pueblos han acudido al sepulcro de Isidro é implorado ante él la proteccion del Altísimo, poniéndole por intercesor; y las desgracias y aflicciones particulares en el mismo sitio han buscado, y no en vano, el consuelo y el remedio.

Es opinion de los mejores críticos, y se halla confirmada por Daniel Papebroquio, el mas sábio entre los eruditos autores de la gran obra titulada comunmente de los Bolandos, que S. Isidro pasó á mejor vida por los años de 1150, y el interesante códice de Juan Diácono espresa que permaneció sepultado por espacio de 40 años en el cementerio de la parroquia de San Andrés, cuya área al presente ocupa la capilla mayor. Los prodigios que acompañaron á la exhumacion del sagrado cuerpo, confirmaron la idea que del siervo de Dios conservaban los honrados moradores de Madrid, y le apellidaron santo, y le escogieron por su protector.

Colocáronle decorosamente en el presbiterio, entre el altar de S. Andrés y el de S. Pedro, cerca del tabernáculo de *Aquel* que ensalza á los humildes. Era este monumento de piedra; *sepulcrum lapideum* le llama Juan Diácono, que escribió el mencionado códice por los años de 1266 á 1271.

En el mismo siglo XIII, y con posterioridad á dichos años, sustituyó al indicado sepulcro la interesante arca de madera, adornada con pintura, que existe en la parroquia de San Andrés.

Al decir que esta preciosa arca, objeto del presente artículo, fué construida á fines del siglo XIII, nos apartamos del parecer de los modernos escritores Villegas, Marieta, Ortiz, Fr. Nicolás de la Cruz, Dávila, Quintana, Rosell, y otros que suponen haberla donado Alfonso VIII en testimonio de gratitud, persuadido de que S. Isidro fué el hombre rústico, que á él y á los reyes de Aragon y Navarra, sus aliados, se presentó en el campamento de Castro Ferrat, antes de darse la batalla de las Navas de Tolosa.

Alabamos la piedad y buena fé de los modernos autores, que atribuyen á la aparicion de S. Isidro la gloriosísima victoria de las Navas; pero no participamos de su opinion por muchas y convincentes razones.

Hallábase acampado el ejército cristiano en Castro Ferrat, falto de agua y sin poder operar ni permanecer allí. En situacion tan angustiosa, se presentó á los reyes de Castilla, Aragon y Navarra un pastor, que muchos años habia guardado ganado en aquellos ásperos lugares, y dió á conocer un camino por donde las huestes cristianas pasaron fácilmente á las Navas de Tolosa, movimiento que las dió la victoria.

El rey D. Alfonso, llamado *el Bueno y el Noble*, en la carta que escribió al sumo Pontífice Inocencio III, poniendo en su noticia aquel fausto suceso, dice: que cierto rústico guió á los ricos-hombres que llevaban la vanguardia.

El arzobispo D. Rodrigo Jimenez de Rada y el prelado de Narbona, Arnaldo, que tambien se hallaron en la batalla, no citan á S. Isidro; antes bien espresan que el rústico era despreciable por su persona, y ambos le vieron y hablaron. Lejos de poderse aplicar á

S. Isidro aquella circunstancia, los datos que hay prueban que su alma angelical moraba en un cuerpo no menos hermoso que ella.

Entero é incorrupto aquel, da testimonio de que era muy elevada la estatura de nuestro santo, y estan conformes los autores en decir que tenia bello rostro, confirmando la opinion de todos recibida, los dibujos del arca. ¿Cómo pudo reconocer Alfonso VIII en las facciones de Isidro al feo rústico que guió su ejército?

Los anales toledanos, el abad Alberico D. Lucas de Tuy, é igualmente los demás escritores de los siglos XIII, XIV y XV que hablan de la batalla de las Navas de Tolosa, no mencionan á S. Isidro.

Tres siglos después de haber sucedido aquel gran acontecimiento, se emitió la idea de que el rústico aparecido en Castro Ferrat era San Isidro, opinion que abrazaron y defendieron, con mas celo que copia de razones, los modernos escritores anteriormente citados, sin apoyarse en ningun documento coetáneo.

La prueba mas sólida que en apoyo de su parecer alegan, son los himnos que se cantaban á mediados del siglo XIII, y que insertó Juan, Diácono, en su estimable códice.

Ya los reyes, los capitanes y los jueces postran su rodilla ante el cuerpo de S. Isidro, dice uno de los versículos de aquellos himnos. Esto acredita que desde el año de 1170, en que debió ocurrir la exhumacion del santo cuerpo, los reyes, los ricos hombres y todos los magnates de la corte de Castilla visitaban el sepulcro glorioso de San Isidro, en lo que nadie puede poner la menor duda. Respecto á que aludan á la batalla de las Navas los himnos mencionados, no se infiere de ningun versículo.

D. Gaspar Ibañez de Segovia, marqués de Mondéjar, escritor juicioso y erudito, negó que el pastor á quien se debió el felicísimo triunfo de las Navas fuese el bienaventurado Isidro.

Pellicer y Rosell publicaron varios folletos en el pasado siglo, defendiendo el primero al marqués de Mondéjar, y rebatiéndole el segundo. Hemos leído los escritos de ambos, y adoptamos el parecer de Mondéjar y Pellicer, pues el esclarecido patron de Madrid no necesita glorias prestadas ni dudosas.

Dedúcese de las razones alegadas por Pellicer y Rosell, que desde el presbiterio fué trasladado el cuerpo del santo labrador á una capilla, construida y dedicada en su honor, no sabemos cuándo; pero mas bien que en tiempo de Alfonso VIII, á fines del siglo XIII. Fué reedificada por D. Francisco de Vargas, célebre personaje de la corte de Fernando V é Isabel la Católica.

Obtuvo al efecto la competente autorizacion de la Santa Sede, y el obispo D. Gutierre, hijo del citado caballero, colocó de nuevo el cuerpo del santo labrador en el presbiterio de la parroquia, erigiendo á sus espensas un suntuoso mausoleo. Permaneció en este la insigne reliquia, hasta que levantada la grandiosa actual capilla de San Andrés, ocupó el magnífico balquino de su centro.

Cuidó el obispo D. Gutierre de que se colocase en paraje seguro la interesante arca, adornada con pinturas, que por haber erigido aquel generoso prelado el mausoleo de que hemos hecho mencion, no contenia ya el santo cuerpo, el cual reposó en ella unos doscientos cincuenta años.

Desde el tiempo de D. Gutierre hasta nuestra época, ha sufrido mucho deterioro la preciosa arca, y se halla al presente en mal estado.

Está construida con tablones de pino de grandes dimensiones, tiene su tapa correspondiente, y se halla cubierta por el exterior de una piel fuerte, que adornan pinturas en todo su paramento. Guarnécela una cenefa, y en el centro hay varios intercolumnios con arcos ogivales, llenando los vanos cuadros que representan pasajes de la vida del santo labrador.

En uno de ellos aparece la virtuosa María de la Cabeza llevando la comida á su esposo que está arando: en otro se ve al caballero Juan de Vargas montado en un caballo blanco. A María de la Cabeza se la representa gallarda, jóven, alta, bien parecida, y vestida con una sencilla túnica de color encarnado; sobre la que lleva un jubon amarillo, bastante ajustado, y con manga estrecha y larga; las medias son azules y calza sandalias. Una especie de toca cubre toda la cabeza, excepto la cara.

El traje de S. Isidro, no menos curioso, consiste en un sayo algo corto, de color oscuro, con mangas ceñidas, y sujeto en la cintura por medio de una correa. Una capilla de color de rosa que entra por la cabeza y cae por delante y por la espalda hasta los muslos va encima del sayo, y tiene su correspondiente capucha. El calzado es al parecer mas fuerte que el de la santa.

La aureola de los justos adorna la cabeza del esclarecido labrador. Incurrieron algunos autores en el error de creer que S. Isidro debió hacerse ermitaño en los últimos años de su vida, por ignorar que el vestido con que le representan estas pinturas, le usaban todos los campesinos en los siglos XII y XIII. El traje que en las efigies se pone á este santo pertenece al tiempo de la casa de Austria, época de su canonizacion.

Un mendigo descalzo, con túnica encarnada y sobre ella un alboroz, habiendo sido socorrido por los bienaventurados esposos, está en actitud de bendecir su humilde y dichosísima vivienda, mansion de la virtud. Siefta la descrita arca en tres leones de piedra.

Con datos históricos hemos probado que esta arca no pudo ser donada por Alfonso VIII, y considerándola bajo el aspecto artístico, no la corresponde á nuestro parecer mayor antigüedad que el último tercio del siglo XIII; es decir, que han trascurrido mas de 550 años desde que fué labrada.

Si pudiésemos enumerar los enfermos que han hallado el remedio de sus dolencias orando ante esa arca, nos asombrarían los guarismos. Aun humanamente hablando, ¿quién podrá negar que á muchos enfermos la sola fé y el indecible gozo que experimentaban al verse delante del glorioso y venerado sepulcro les bastaban para conseguir la salud? Calcúlese el inmenso influjo que ejerce lo moral en lo físico, y nadie pondrá duda en lo que decimos. Después de haber hecho oración ante esa arca sagrada, ¿qué madre dudaba de la salud de su hijo? ¿Qué labrador temía por el éxito de su cosecha? ¿Qué persona afligida no hallaba consuelo? Por espacio de 250 años esta venerable arca guardó en su reducido ámbito el remedio de todos los males, el amparo de los débiles, el bálsamo consolador que restituía la calma á los corazones atribulados.

La restauracion de este objeto, por muchos conceptos precioso, está proyectada; y si el ayuntamiento la realizase, prestaría un señalado servicio á la religion, á la historia y á las artes.

JOSÉ MARÍA DE EGUREN.

ROSALIA.

PARTE SEGUNDA.

(Conclusion.)

En el jardín encontré ya al médico, que examinaba atentamente una estufa llena de flores y plantas raras, y aproveché la ocasion de preguntarle su pronóstico acerca de la enferma.

Está mala, muy mala, me contestó examinando al mismo tiempo un magnífico nenúfar; yo no he querido afligir al padre, pero es preciso que poco á poco le vayamos preparando. Ningun poder humano puede salvar á esa pobre niña; y lo peor es que ella lo sabe, diferenciándose en esto de la mayor parte de los enfermos de su clase, á quienes sorprende la muerte haciendo proyectos para cuando recobren la salud.

—Yo iba á responderle; pero mirando hácia la quinta ví á Rosalia que desde una ventana me hacia señas con un pañuelo. Inmediatamente me aproximé á aquel sitio: y viéndome cerca la linda jóven, exclamó: Esperadme que ya bajo.

Con efecto, á los pocos instantes la ví descender por una especie de escalinata que desde las habitaciones principales conduce al jardín, y habiendo corrido á su encuentro, en breve estuve á su lado.

—¿Por qué salís tan temprano? la dije; el frío de la mañana puede haceros daño.

—¿Qué importa, amigo mio! cuando un reo está condenado, hace impunemente todo lo que se le antoja.

—¿Rosalia!

—Además, me interrumpió, vengo bien abrigada, no tengais cuidado.

Yo la dí el brazo en silencio. Rosalia me llevó á una plazuela, en donde habia varios bancos de madera, y se sentó en uno indicándome que ocupara un lugar á su lado.

—Mi padre y Santiago duermen todavía, dijo la linda jóven. Os considero deseoso de saber el fin de mi relato, y es preciso aprovechar los instantes.

Y tapándose bien con un pañuelo grande que llevaba puesto, comenzó de esta manera:

V.

Ya conocéis á Santiago, por lo que me creo dispensada de enumerar sus buenas cualidades, y solo os diré que su corazon es mucho mas bello que su figura, inmensamente rico, de noble familia, y perfectamente educado, brilla siempre en todas partes por su esquisita elegancia y por la gracia de su conversacion. Mi padre le conoció en Italia, en donde recibió de él un señalado servicio, y desde entonces le quiere con entrañable afecto.

Quince ó veinte dias después de haberme reunido con mi padre llegó Santiago á Madrid, y aquel me le presentó, no como un amigo, sino como un hermano á quien debía amar.

Yo le amé en efecto, porque he hallado en pocos hombres tantas ventajas reunidas, y porque era para mí un placer muy fácil obedecer los deseos de mi padre. En cuanto á Santiago, ignoro el por qué; mas así que me vió concibió por mí la mas acendrada pasion que nunca desde entonces se ha desmentido. Verdad es que en aquel tiempo estaba yo en muy distinto estado que ahora. La felicidad de haber recobrado á mi padre, la salud que de dia en dia me animaba, y las galas de que mi natural orgullo me hacia cubrirme, me embellecieron de tal modo que francamente os diré que aun á mi misma me parecia hermosa. Sin embargo, el amor de Santiago es tanto mas apreciable á mis ojos, cuanto que él que siempre ha vivido en los mejores círculos, no ha encontrado en ellos segun me ha dicho una muger que pueda comparármese: lisonja que no lo es al salir de sus labios, pero á la que yo no doy mi asentimiento como me hareis la justicia de creer.

Me amó pues Santiago, y no tardó en declarármelo á mi padre, á quien este amor llenó de gozo, como os podreis figurar, sabiendo las buenas prendas del distinguido jóven. En cuanto á mí, al conocer su pasion, creí participar de ella, no con la vehemencia con que en otro tiempo habia sentido este afecto, causa de todas mis desdichas, y Rosalia suspiró, sino con un sentimiento mas tranquilo, exento de ese ardor, de esa ansiedad que en otra época habia abrasado mi alma; de modo que al hablarme mi padre de las esperanzas de aquel respecto á mí, no opuse obstáculo alguno á sus proyectos de matrimonio.

Santiago ya me habia declarado su amor con tanta vehemencia, con tanto respeto, con tan viva ansiedad, que mi corazon conmovido al contacto de aquella pasion tan verdaderamente sentida, recobró al parecer el fuego y la necesidad de cariño que ha sido siempre la fuente de mi vida. Los recuerdos de mis desdichados amores y del hombre que tan cruelmente habia pagado mi ternura, me atormentaban aun; pero sin violencia ni amargura, como la memoria de un sueño penoso y nada mas; así al menos lo creía yo entonces... ¡Ah! pluguiera á Dios que no me hubiese equivocado!

—¿Cómo, Rosalia! la interrumpí sin poder contenerme. ¿Será posible? ¿Amareis aun...

—¡Oh! perdonadme, amigo mio, perdonadme, exclamó la pobre jóven. ¡Soy tan desgraciada!

Y sollozando se cubrió el rostro con su blanco pañuelo.

Al verla en aquel estado recordé estos dos versos de un poema no publicado aun, pero que lo ha sido últimamente:

¡Un corazon valiente y generoso
solo á amores de muerte da cabida!

Y disculpé aquel funesto extravío de un alma, afortunadamente sin igual.

Ya mas sosegada Rosalia, prosiguió su relato en estos términos:

—Obtenido mi consentimiento, mi padre fijó la época de mi enlace con Santiago para el próximo mes de mayo, que ahora acaba de pasar; pues en el tiempo que faltaba (estábamos entonces en diciembre) se restablecería enteramente mi salud y podrian hacerse algunos preparativos. Antes de que pasaran las cosas mas adelante, determiné aliviar á mi corazon de un grave peso, poniendo al mismo tiempo á prueba la pasion de mi prometido. En consecuencia, y no sin haberme costado un gran esfuerzo, declaré á Santiago por escrito (que de palabra nunca lo hubiera hecho) mis funestos amores y todas mis faltas sin ocultarle cosa alguna. El noble jóven tuvo lá delicadeza de escribirme tambien antes de verme, y su carta es un modelo de pasion, donde me disculpa del modo mas ingenioso, asegurándome que mi declaracion aumentaba, si era posible, la ternura que hácia mí sentia. Desde este momento comprendí su alma generosa, y se redobló el cariño y aprecio que me inspiraba. Orgullosa de su amor, mimada por él y por mi padre, con la certidumbre de haber cumplido mi deber, y tranquila respecto al porvenir, pasé dias muy felices... pero muy breves, como todos los de mi vida.

La pobre jóven enmudeció, y haciendo un esfuerzo doloroso iba á proseguir. Entonces yo la rogué que no se fatigase mas; pero ella, sin hacerme caso, continuó de esta manera:

—Trascurrieron cerca de dos meses, pasados en una felicidad intima haciendo proyectos para el porvenir, y esperando la primavera. Llegó el Carnaval, y una noche, noche aciaga que destruyó en un momento todas mis risueñas esperanzas, se empeñaron mi padre y Santiago en que les acompañase un rato al baile de máscaras del Teatro Real. Yo accedí á sus deseos sin sentir el golpe que me amenazaba, y me puse un capuchon y una careta, que el calor hizo que me quitara á pocos instantes de estar en el salon. Aunque vinieron á invitarme repetidas veces, no bailé, permaneciendo constantemente al lado de mi padre; pero en un momento que este y Santiago hablaban con un célebre cantante que habian conocido en Italia, acercóse á mí un máscara envuelto en un dominó, y fingiendo la voz me dijo: